ESPORA

NO 46

REVISTA DE ARTE
Y LITERATURA

"ser un cuerpo abierto
a la espera del lenguaje"

Nicté Toxqui

CARTA EDITORIAL

...

La corporalidad femenina tiene la capacidad de reinventar sus propios límites sensibles, pues posibilita un mar de experiencias llenas de sí, como un mapa que se traza y se altera en recuerdos, cicatrices y gestos. Conocerse corpórea puede significar el descubrimiento de nuevos horizontes deseantes, la contingencia de afectos atravesados por el dolor o, también, volver a relacionarse con el universo propio. Las escrituras que nacen del cuerpo se enfrentan a sentires a la vez tangibles, a la vez difusos, de manera que su elocuencia se sitúa en reconocerlos como parte esencial de sus mecanismos para rehabitar el mundo. Las obras que se arraigan en este número juegan con el concepto y la forma del cuerpo como espacio sensorial-social, lo retan, lo expanden, lo exploran.

Me percato que en estos textos se desdibuja el fantasma de una idea, de un ánimo turbado que va dejando rastro. Con estas escritoras leemos cuerpos deseantes, vulnerados, dolientes, miedosos, enojados; pero en ellos permea una vergüenza latente, entretejida. Annie Ernaux reconoce que "lo que formaba parte de nuestra existencia se convirtió en algo de lo que avergonzarse", y parecería que en el cuerpo colisiona todo ello, que se materializa con el control que se ejerce en este. Las autoras de este nuevo número de Espora se trasladan a lo que está después de la vergüenza, sus escritos imaginan la posibilidad de revisitarla, de resignificarla y de apropiársela, para que funcione como potenciador y no como frontera.

–Karla Lucia Delgado, Lu
Editora en Jefe

DIRECTORIO

Editor responsable
Clemencia Corte Velasco

Editora responsable de este número
Karla Lucia Delgado Hernández

Consejo Editorial
Ximena Noemi Velázquez Huelgas
Dharma Cruz Aguilar
Frida Romero Zamora
Iñigo Fernández Amescua
Luna Ofelia Franco López

Dirección de diseño
Gloria Aurora Lastra Canabal

Diseño
María Eugenia Chávez Palma
Melyssa López Aquino
Eloisa Carolina Lastra Canabal
Liam Jesús Álvarez Dimas
Abraham Cabrera Vega
Frida Valeria Reygadas Laug

Comunicación
Ericka Lisset Lima Alamo

Colaboradores
Marossa Acevedo
Ofelia Sombra
Minerva Gómez Leal
Vianney Serrano Solimán
Frida Mont
Etna Kariana Echeverria Navarro

Portada
Gloria Aurora Lastra Canabal
Pintura original: *The Reader* de Mary Cassatt

ESPORA, Año 9 No. 46, es una publicación editada por la Universidad de las Américas Puebla a través de la Escuela de Artes y Humanidades. Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, San Andrés Cholula, Puebla, México, 72810, tel. 222 2292000, www.espora.udlap.mx, esporarevista@gmail.com. Editora responsable: Clemencia Corte Velasco. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo no. 04-2016-102014364800-102, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Karla Lucia Delgado Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, 72810, San Andrés Cholula, Puebla, México. Fecha de última modificación: 23 de abril del 2026. Queda prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, del contenido de la presente obra, sin contar con autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor. Los artículos, así como su contenido, su estilo y las opiniones expresadas en ellos, son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan la opinión de la UDLAP.

ESPORA

NÚMERO 46

POESÍA CUENTO ENSAYO MICROFICCIÓN ARTE DIGITAL

ÍNDICE

6 **Desde pequeña desperté**
Marossa Acevedo

7 **Te asustarías si te digo que soy un gato**
Marossa Acevedo

8 **Mis piernas al sol sedientas**
Marossa Acevedo

10 **Contractura del deseo**
Ofelia Sombra

12 **MI CUERPO**
Ofelia Sombra

22 **Retrato de una mujer cosida**
Minerva Gómez Leal

16 **Precious smarty-pants diva princesa**
Vianey Serrano Solimán

18 **No se nos enseñó a cuidarnos**
Frida Mont

20 **La historia de mi sangre**
Etna Kariana Echeverria Navarro

Marossa Acevedo
Aguascalientes, Aguascalientes
@marossaac

La muerte toma siempre la forma de la alcoba
que nos contiene.
Xavier Villaurrutia

DESDE PEQUEÑA DESPERTÉ
odiando el cuerpo a mi lado

me desterré a la orilla
otro espejo solitario
curé el rencor y se abrió una herida

noches ajenas al odio
en las que no me siento sola
aunque lo estoy

me observo y
presiento
la necesidad de la materia

mi habitación un desierto
frontera entre **yo** y el yo
toma la forma de la muerte

ante el mundo nuestra morada
antes del amor y los amantes

me envuelvo en la hoja en blanco
para llegar al centro

miro mi habitación y sé lo que me contiene.

TE ASUSTARÍAS SI TE DIGO QUE SOY COMO UN GATO

que mi lengua es rasposa
me gusta para saborear
y deshacerme de lo que ya no sirve

que trazo mis propias heridas
y pruebo el sabor de mi sangre
o el dulce del consentimiento

que recorro con mi lengua lija
pensamientos filosos
y cada forma de mis uñas

que escucho todos mis sonidos
obligo a cada uno
a regresar a su lugar
y me asomo a la cornisa
que me tragará algún día

te alejarías de mí
si te mostrara esta criatura
cuando soy sola en una colcha oscura
bajo la noche ventana abierta

qué harías si te dijera
que habito este cuerpo
que se separa y me araña
me devuelve la mirada
y a veces asiente sin palabras

pero siempre vuelvo en mí.

POESÍA

Marossa Acevedo
Aguascalientes, Aguascalientes
@marossaac

MIS PIERNAS AL SOL SEDIENTAS

de su propia luz
en esta tarde acalorada
albedrío de la memoria
acariciándome con el último rayo
de la insistencia precipitado

no pienses
lo que podría devenir
al final todo se escapa
mis dedos violentos
no sostienen más
que palabras

de rodillas al sol
su voz en mi garganta

sigo callada

reconozco el miedo a perderme
en este lenguaje
tan ajeno al suyo

mi cuerpo lejos de mí.

CONTRACTURA DEL DESEO

Ofelia Sombra
Leon, Guanajuato
Ig: @hs_ofelia

Los mensajes del cuerpo llegan a decirme
las faltas, los descuidos.
Contractura del deseo en la libido pospuesta,
rebajada a recuerdo; no hay remedio posible.
Sin remedio me arrastro
por el rastro que dejaron tus besos
junto a la osadía viril de tus manos
hipnotizando mi cabello
mientras el agua corría sin trabas
por mi cuerpo desprovisto de “peros”.

De evocaciones y recuerdos sobrevive mi piel.
—¡Migajas!
Grita mi cuerpo enfermo, doliente y quieto.

Estiro la mano para encontrarte en el tálamo
que quedó en espera de la música del mar,
del olor de la espuma.
Mis sábanas desiertas
son dunas en que padezco
osamentas de pájaros
y este escorpión que me afiebra.

Mi Cuerpa

Ofelia Sombra
Leon, Guanajuato
Ig: @hs_ofelia

carne candela
desborda
con su rumbo
de nube
redonda
indecisa
en tomar forma
de mujer
suave
suculenta
entre prendas
holgadas
o precisas
para ir veloz
y encontrarte
con el tamaño
de tus manos
alejándose
serpenteando
a solas

distendida
en el sueño
donde crezco
con amplitud
de mar
y abarco
a mis hijas
las cubro del aire
las alimento
en la obscuridad
llena de sus ojos
y a la llegada
del sol
me siento
abierta al día
ante el espejo
en el que observo
examino
estrujo
exprimo
cada poro

tallo
todo mi cuerpo
mío
hasta la muerte
desde que vivo
con su memoria
que se enciende
al tacto ajeno
quemándome
o a la caricia
que me ama

inconfundibles
en las que he sido
un estremecimiento
o una entrega
me entrego
al calor del día
a los besos
que necesito
y me necesitan
siendo yo
y este cuerpo
con su condena
o su alegría
una parte
de mi nombre
junto a mi alma
expresándose
en mi gesto
en la posición

de mi columna
con el síntoma
representante
del fondo
incorruptible
de mi espíritu
con el que razono
y también soy poesía
ésta que me desnuda
me da un lugar
y brota de mí
como agua
dormida
de un río
que cambia
en su corriente
siendo el mismo
entre los sauces
susurrando
a ratos
mi nombre

Minerva Gómez Leal
Tlaxcala, México
Fb: Minerva Gomez Leal

Retrato de una mujer cosida

Habito un cuerpo que no reconozco,
duele, sangra, dormita.

Dicen que se ve bien,
es porque no viven en un cuerpo cosido,
que con hilo,
fue unido.

El cuerpo que habito está enfermo,
con bisturí fue reparado.

Habito un cuerpo mutilado,
despojado,

dicen que se ve bien,
por dentro lo siento enajenado.

Este cuerpo duele,
llora por dentro, en el silencio se mueve.

Mi piel fue desgarrada y aunque el hilo la atraviesa,
mi alma sigue gritando:

No vuelvas,
me repito,
como mantra,
oración o melodía.

No vuelvas,
mucho te has llevado.

Un cuerpo mutilado,
lo único que has dejado.

Un cuerpo cosido,
que en la memoria guarda,
el dolor que ha vivido.

Precious Smarty-Pants Diva Princesa

Vianey Serrano Solimán
Puebla, México
Ig: @vianey_soliman

En el atardecer del cuadro, el fragmento del árbol que se cuela desde afuera crea la cámara estenopeica. Como un microscopio, el interior de las hojas parece revelarse. El secreto se pega a la pared: bien guardado.

Igual que los ojos fallan en conocer más allá.

El contorno se dibuja. Se crea difuminado.

Somos dos y fuimos una. Volvemos a ser. “Somos una”, dice mi egocentrismo. La misma. La que nace una y otra vez, bajo los ojos guiados por amor y memoria. La que al calcarse, se extiende. Oportunidad. Segunda vida.

Somos una por un momento,
sólo mientras no se distinga el límite,
sólo mientras mantengamos la interdependencia.

Bajo esas condiciones seguiremos como una.

En la guerra pacífica del cuadro, la sombra gana tras unos minutos.

Las 5:41 de una tarde de invierno.

Nos fundimos con el fondo.

Enciendo la luz. Tú y yo seguimos aquí; la pared de hace un momento ya no nos encierra.

Ya no existimos. Por hoy, la perdimos.

Tú y yo.
Aquí.

No se nos enseñó a cuidarnos

Frida Mont
Xalapa, Veracruz
Ig @freeda_afro
Fb Frida Mont

se nos enseñó a juntar las manos
a murmurar fórmulas mágicas
debajo de las sábanas
a prender cirios benditos
en noches de tormenta y de fiebre
a ofrendar flores en los altares
para no despertar la furia de dios.

no se nos enseñó a cuidarnos
nos hablaron de los monstruos
mas no de su belleza
ni de su olor a tentación
disfrazado entre perfumes.

aprendimos a trenzar ajos
para mantener lejos el colmillo del vampiro
aprendimos el rezo para ahuyentar nahuales
fantasmas y malos espíritus
pero no aprendimos a usar los puños
para defendernos de los demonios
al otro lado de la puerta.

se nos enseñó a amar al sol y desdeñar la noche
a no olvidarse de los suéteres y los paraguas
a tomarse de los barandales
a echar llave a las puertas
pero no a ver en la oscuridad como los gatos.

nos alejaron de los venenos, los cuchillos
nos cubrieron el sexo
nos prohibieron las palabras filosas
los verbos que muerden como serpientes
con colmillos de luz.

no fuimos a los mataderos
no olimos la sangre
sólo nos dejaron el arrepentimiento
después de devorado el animal.

pero aprendimos a fuerza de batalla:
no necesitamos el miedo
en cambio: conocer las plantas del jardín
aprender el itinerario de los lobos
olisquear la ponzoña
domesticar víboras
sacarse las espinas
enseñar los dientes.

hoy, en la añoranza por el barro:
caminar descalzas
contra el torpe salto sobre las piedras:
danzar a manos llenas
y con aguja de fuego
remendar una a una las memorias
que nos llueven como cristales rotos.

CUENTO

La historia de mi sangre

Etna Kariana Echeverría Navarro
Santiago de Querétaro, Querétaro
Ig: @etna.kariana17
Fb: Etna Kariana

Nunca debió asustarme.

Cuando muerdo el interior de mi boca, la siento. Un hilo delgado danza entre mis dientes y se diluye con mi saliva. La boca sabe a monedas viejas: salada y brillante. Está viva.

La primera vez que la vi tenía 3 años. Aprendía a ir al baño sola y la encontré agazapada en la basura, con media sonrisa. Recuerdo haberme asustado. No entendía por qué, pero había algo en ese rojo que significaba peligro, enfermedad, muerte. En mi cabeza se sembraron imágenes de ríos violentos con cuerpos hacia un destino desconocido.

Le conté a mi mamá lo que había visto y pregunté si era ella la que se estaba muriendo. Se puso roja. Ese color otra vez. Me explicó a susurros —los amigos de mi papá estaban en casa— que las mujeres sangramos. Todos los meses. Casi toda la vida. Aquella explicación supuso una amenaza. Una profecía. Me asusté y me encerré en mi cuarto.

Evité ir al baño todo lo que mi cuerpo me permitió. Temía volverla a encontrar y morir con los calzones abajo. En los siguientes encuentros, desde el cesto de basura, ella me sonreía burlona. Hacía bromas sobre que mi mamá se moría y yo no podría hacer nada.

Mi mamá pensaba que mi temor era ridículo pero terminó cambiando el cesto por uno con tapadera para evitar que me la encontrara. Al menos así evitaría mirarla. Mi miedo aminoró, pasaron los días y el temor se volvió costumbre. Luego indiferencia. A lo mejor si le hubiera tenido más respeto, ella hubiera sido más piadosa cuando me visitó por primera vez.

Me vi rodeada por un río de sangre cuando yo tenía 11 años.

Estaba en mi cuarto, lanzando almohadas contra la pared, jugando; me gustaba sentir el contacto agresivo de mi cuerpo chocar contra cosas: la pared, la puerta del ropero, mis muñecos. Un contacto violento que sólo me pertenecía a mí. En una voltereta en el aire, mis piernas se abrieron y me golpeé contra la esquina de mi cama. Un dolor se abrió al instante.

Me pareció escuchar el golpeteo de una campana retumbando, haciéndome temblar hasta desvanecerme. Intenté gritar, pero no encontré mi voz. Por instinto abracé mis piernas mientras un escalofrío subía por ellas. Una víbora enroscándose. Me rehusaba a abrir los ojos porque la sentía cerca, burlándose otra vez de mí. Sentía pegajoso a mi alrededor. Una víbora salivando. Yo, horrorizada. Algo terrible emanando de mi sexo. ¿Cómo era posible sentir tanto mal?

En la escuela, mis compañeras también tuvieron su encuentro. En el recreo, a la sombra de los árboles que ocultaban nuestros secretos, la vimos todas. Cervatillos indefensos. Presas. Ahí estaba. Escarlata, inconfundible sobre el gris de nuestras faldas.

Escuché la voz de mi mamá en mi cabeza: “Todos los meses, toda la vida”.

Con los días y de tanto maldecirla, empezó a alejarse de mí. Sin embargo, a mi alrededor no todas le temían. Algunas celebraron cuando las visitó. Les prometió que el tiempo como niñas había llegado a su fin y ahora eran mujeres.

No entendía la fascinación. Mi tiempo como niña me resultaba muy feliz, tranquilo y simple. Bastaba con seguir las reglas, leer, obedecer y encerrarme en mi imaginación. No entendía en qué momento su visita se había vuelto tan significativa.

Pasaron los años, dejé los juegos, cambié mi forma de vestir, besé por primera vez y me rompieron el corazón con falsas promesas. De ella solo obtuve indiferencia. Ya no aparecía para asustarme. Se paseaba entre los cuerpos de mis amigas, burlona, coqueta, amenazando que nunca vendría a mí. Empecé a temer que aquella fuese en realidad la verdadera maldición. Una mujer en el cuerpo de una niña.

Lo entendí, no era una maldición:
era un pacto.

Reconocía su rostro en mi madre, en mi abuela, mis hermanas, mis amigas, alguna desconocida que salía tímida del baño de la escuela. Ella traía consigo dolor, vergüenza, pero también historia. Dolorosa y brillante. Era curioso el disfraz que usaba con las mujeres de mi vida. Bochornos y miradas culpables, disputas y bofetadas agresivas, gentileza y ternura. Un secreto para todas.

La subestimé.
A ella le encantaba la ironía.

Sábado por la tarde, en una fiesta hizo su triunfal regreso. Niños pequeños jugando y cantando, el cumpleaños de un alumno de mi mamá. Caminaba en ese abismo invisible: entre los hombres que fuman y los niños que solo querían gelatina de cereza. —“Estás manchada”— susurró mi mamá mientras me cubría los hombros con su suéter. Esas palabras me parecieron incomprensibles, pues en ella, sonaban obscenas. Empecé a llorar. Mientras me abrazaba y esperábamos a que nos recogieran tuve envidia de las niñas que todavía podían saltar y jugar.

Ya no podía ignorarla.

La sangre estaba en mí, siempre lo estuvo. Yo la abrazo en todas las escalas de color —o dolor— que tenía planeadas para mí de ahora en adelante. Después de todo, solo es sangre. La puedo ver entre mis dientes cuando muerdo mi boca; en la punta de mis dedos mientras corto la carne; un hilo colgando de la nariz de mi esposo en días calurosos.

Esta sangre es mi historia.

Sentí tristeza por las niñas de la fiesta que ignoraban que ninguna de nosotras podría escapar. No podemos vivir eternamente en la infancia.

Muchos años después, todavía escucho su risa burlona de nuestro primer encuentro: “¡Sorpresa! Nos vamos a divertir mucho”.

"ser un cuerpo abierto
a la espera del lenguaje"

Nicté Toxqui

ESPORA